

so de una revolución que distaba mucho de ser popular: era una exigencia de la masonería. El imperio de Maximiliano fué derrocado por el mismo poder que lo había apoyado, movido por el temor á los americanos: fué obra exclusiva de nuestros naturales enemigos. La destrucción del primer imperio abrió una era de bienestar para México, que duró tanto tiempo como perseveraron en sus buenas intenciones los que fundaron en este suelo bajo sólidas bases la civilización cristiana. La caída del segundo abrió las puertas á la revolución, que durante medio siglo ensangrentó el país, costándole además la pérdida de la mitad del territorio. La caída del tercer imperio nos puso en condiciones de realizarse la conquista pacífica, sueño dorado de nuestros vecinos. Tiempo llegará en que se haga justicia á la sabia política que trató de plantear en México un orden de cosas que habría alejado para siempre el peligro de ser absorbida nuestra Nación por los americanos.

Mientras hacíamos estas tristes reflexiones, Querétaro se presentó á nuestra vista. Fúnebre nos pareció el aspecto de aquella ciudad, último baluarte del último imperio. El Cimatario, la Alameda, teatro de escenas de sangre en que el valor de los defensores de la plaza brilló como el sol que nos alumbraba; el convento de la Cruz, en donde se consumó la traición más negra que hayan visto los siglos; el Cerro de las Campanas, en donde se llevó á cabo el cruento sacrificio.....

El tren se detuvo en la Estación. El apreciable Padre Frías, de quien nos despedimos con dolor, descendió del coche y fué recibido por un grupo numeroso de eclesiásticos y seglares. Partimos inmediatamente.

A las dos de la tarde llegábamos á San Juan del Río. Allí nos recibió nuestro buen amigo el Lic. Valdés Caraveo, uno de los infatigables promovedores de la Peregrinación, á quien Dios no había concedido que tomara parte en ella. Motivo de grande alegría era para nosotros la llegada del estimable letrado. Todos los peregrinos le recibieron gozosos. Él se manifestaba contento y satisfecho de ver llevada á su tér-

mino una obra tan importante por la cual había trabajado con tan ardiente celo. En su compañía nos dirigimos á la fonda en donde se nos debía servir de comer. Media hora después nos poníamos en marcha.

Al anochecer se detuvo el tren delante de una estación; era la de San Antonio: los acordes de una música hirieron dulcemente nuestros oídos. Muchas personas subieron á los coches. Eran los vecinos de Jilotepec, feligreses del respetable señor cura Soto, que iban á recibirle. Despedímonos del virtuoso sacerdote y de otras ocho personas que con él tomaron parte en la Romería. Calurosos vivas á la Peregrinación oyéronse al bajar de los coches los peregrinos de Jilotepec. Pocos momentos después íbamos caminando nuevamente.

Como á las ocho de la noche nos detuvimos en Tula una media hora para tomar alimento. Tres horas más tarde veíamos el alumbrado de la Capital. Estábamos llegando al término de nuestra Peregrinación. Sentimos una alegría indescriptible. Regresábamos al punto de nuestra partida, sin haber experimentado el menor accidente. La Peregrinación mexicana volvía á la capital de la República, después de haber recorrido millares de leguas en el extranjero y habiendo realizado la excursión más importante que haya organizádose en América y la primera de su género que ha salido del nuevo Continente para el antiguo.

Poco después de las once de la noche el tren de la Peregrinación rodaba entre los andenes de la Estación de Buenavista. La emoción que sentimos; la alegría que experimentamos no nos permitía tomar nota de lo que pasaba en nuestro derredor. Oímos la música; la detonación de los cohetes atronó nuestros oídos, los vivas y las aclamaciones nos ensordecieron; la aglomeración de gente nos oprimía de tal modo, que no sabíamos ni quién nos estrechaba la mano, ni quién nos abría los brazos para recibirnos en ellos: maquinalmente fuimos caminando entre aquella inmensa muchedumbre sin acertar á salir hasta después de un largo rato. Por fortuna estaban allí nuestros excelentes amigos los directores de los periódicos católicos. Ellos harían la crónica de

la recepción, como la hicieron todos al día siguiente. Dejaremos la pluma al más entusiasta de los diarios que circulan en la capital. Es "El Tiempo" el que nos da cuenta de todo lo relativo al recibimiento de la Peregrinación en los términos siguientes:

"EL REGRESO DE LOS PEREGRINOS.—ANTÉS DE LA LLEGADA.—Con motivo del telegrama que publicamos el domingo á última hora, en el que nuestro comisionado especial nos comunicó que los Peregrinos mexicanos estaban ya en Paso del Norte, multitud de personas ocurrieron á la redacción del *Tiempo* solicitando informes del día y hora en que los viajeros llegarían á México.

"En virtud de nuestros informes, que no pudieron ser perfectamente exactos por la irregularidad con que caminan los trenes del Ferrocarril Central á causa del mal estado que guarda la vía por los deslaves ocasionados por las lluvias; la gente ocurrió á la estación á las seis y media de la tarde del lunes, en tanto que más de veinte wagones de los ferrocarriles del Distrito se situaban en la Plazuela de Buenavista.

"Ya en la Estación, los empleados de ella informaron que el tren de peregrinos llegaría á México á las diez y media de la noche, en virtud de que venía retrasado el ordinario.

"No obstante esa noticia, la mayor parte de la gente, que se contaba ya por millares, resolvió esperar en la Estación á los deseados viajeros. Muchas familias, comprendiendo que la espera sería dilatada, regresaron á sus casas, dispuestas á volver á la Estación á las diez de la noche.

"LA ESTACIÓN DEL CENTRAL.—El hermoso patio, los espaciosos corredores y los dilatados andenes y talleres de la estación presentaban un magnífico golpe de vista. Los focos de luz eléctrica vertían sus pálidos rayos iluminando á la multitud que se apiñaba junto á las rejas que dividen las oficinas de los depósitos.

"Allí estaba lo más granado y florido de la sociedad mexicana. Distinguidos caballeros, apreciables damas y hermosas señoritas se disputaban el honor de ser los primeros en saludar á los que volvían á su patria, después de haber besado el pie del Santo Padre, y por eso querían colocarse en el lugar más á propósito para conseguir su objeto.

"El patio estaba literalmente cubierto de coches, entre los que se advertían muchos pertenecientes á las familias más aristocráticas de México.

"Una música de viento se puso á tocar piezas; con lo que la Estación

se convirtió en un lugar de recreo. Las jóvenes comenzaron á pasearse del uno al otro de los extremos del andén y en los largos corredores de las oficinas.

"Verdaderamente agradables fueron las horas de espera. La noche serena, las notas de la música, los focos de la luz eléctrica, los millares de jóvenes hermosas y las animadas conversaciones de los paseantes, daban á la Estación del Ferrocarril Central un aspecto alegre é inusitado.

"Muchas señoritas, prescindiendo de las fórmulas de la etiqueta, buscaban asiento en las carretillas que sirven para la conducción de los equipajes, en los montones de piedras aglomeradas en los patios, en la orilla de las banquetas y en el borde del andén. No faltaron algunas que con toda comodidad se instalaron en los wagones vacíos que estaban en el depósito.

"La velada, á pesar de haberse prolongado hasta después de las once de la noche, no fué molesta, en virtud de que el tiempo estuvo benigno y las familias recreándose con los acordes de la música. Creemos que la concurrencia pasaba de cuatro mil personas.

"LA LLEGADA DEL TREN.—A las once y cuarto de la noche un pitazo nos anunció que los peregrinos llegaban. En el acto, la multitud que se encontraba fuera de la reja que limita la entrada á los andenes, se arrojó en masa sobre aquella, siendo imposible á los gendarmes contenerla, por lo cual el paradero se vió en el acto inundado por millares de personas.

"Un grito unánime y compacto resonó en el momento mismo en que el tren se arrastraba paulatinamente en los rieles tendidos en el patio de la Estación. ¡Viva la Peregrinación mexicana! exclamaron los labios de todos los presentes, en tanto que los caballeros aplaudían, las damas agitaban sus pañuelos, y unos y otras derramaban lágrimas de regocijo.

"La música tocó las entusiastas notas del Himno Nacional, los cohetes atronaron el espacio y los vivas á México, á León XIII, á Roma, al Sr. Portillo, á la Peregrinación y á la Religión Católica, brotaban de todas las bocas.

"Comenzaron las escenas conmovedoras. Aquí es un anciano padre de familia, cuyos hijos de rodillas reciben la bendición del que con lágrimas en los ojos vuelve al seno de los suyos; allá es una santa señora que arrojando todo género de dificultades, regresa de Roma, conforme ya con morir, puesto que han visto sus ojos al Vicario de Jesucristo. De un wagón baja un venerable sacerdote, y sus hijas de confesión postrándose en su presencia imploran que las bendiga en nombre del Sumo Pontífice.

De otro wagón descende el amantísimo prelado Sr. Portillo, y toda la concurrencia se inclina delante del Príncipe de la Iglesia que ha conducido á feliz término la Peregrinación. No hay ojos que no lloren ni corazones que no palpiten con entusiasmo, ni manos que no aplaudan, ni brazos que no estrechen á un peregrino, ni labios que no griten: ¡Viva México! ¡Viva el Papa! ¡Vivan los Peregrinos! ¡Viva la Religión Católica! ¡Viva el Papa Rey! ¡Viva México!

«En medio de una alegría universal, de un regocijo sin límites y de una ternura profunda, pudimos observar una escena altamente conmovedora. Un joven sacerdote descendió de un coche; al pie de éste lo esperaba su anciana madre. Aquella madre y aquel hijo se abrazaron, con un abrazo de infinita ternura; no podían hablar, nada se dijeron, los sollozos eran el único lenguaje en que se comprendían las dos almas, mientras un torrente de lágrimas inundaba el rostro de aquellos seres felices. Hay cuadros que la pluma no sabe describir, pero que los corazones cristianos sabemos entender.

«El Ilustrísimo Señor Portillo fué conducido en brazos hasta el carruaje que lo llevó á su alojamiento. La recepción fué preparada por el Círculo Patriótico Religioso de Obreros y dirigida por el entusiasta señor Perea, su presidente, quien previa licencia de la autoridad política, llevó la música á la Estación del Ferrocarril Central.»

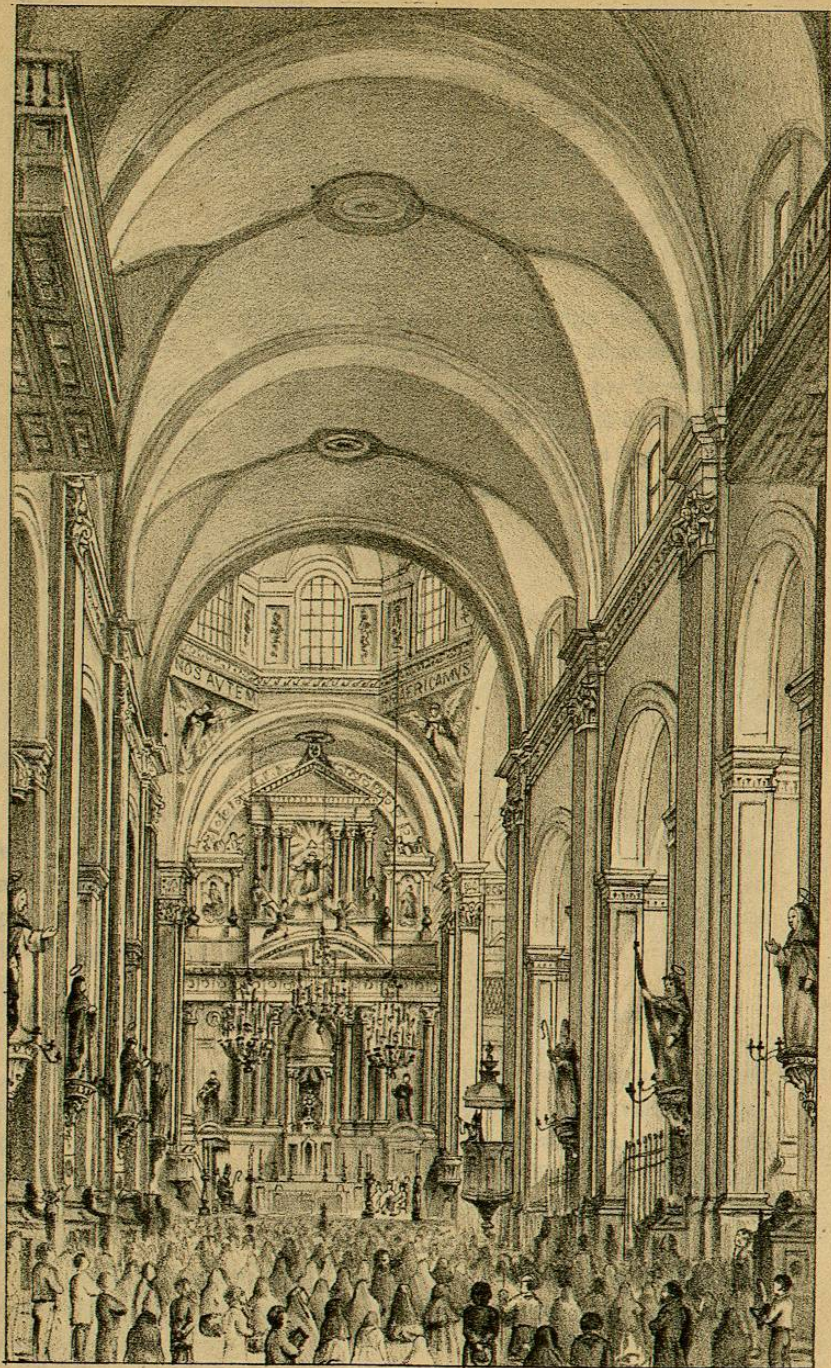
«LOS PEREGRINOS QUE VUELVEN.—No vinieron todos los peregrinos en el tren que llegó el lunes en la noche, pues algunos de ellos se quedaron en Europa, y otros no queriendo regresar en el vapor «Bolivia» tomaron pasaje en distintos vapores. Hé aquí la lista de los que han hecho juntos el regreso desde Nápoles hasta Paso del Norte.»

Esa lista ya la dimos á conocer á nuestros lectores.

«MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS.—La redacción del *Tiempo* secundada eficazmente por el apreciable señor D. Domingo Dávalos, ha dispuesto para el día de hoy una solemne función religiosa en acción de gracias á la Divina Providencia y á la Santísima Virgen de Guadalupe, por el feliz éxito alcanzado por la primera Peregrinación Nacional á Roma.

«La festividad tendrá lugar á las nueve de la mañana, en la Iglesia de Santo Domingo, comenzando con Tercia á la que seguirá el augusto sacrificio de la Misa, concluyendo con un solemne *Te Deum*.

«En dicha festividad predicará el sabio y elocuente Doctor D. Ramón Ibarra, Gobernador en Sede vacante de la Sagrada Mitra de Puebla y



LIT. DEH. IRIARTE.

IGLESIA DE STO. DOMINGO DE MEXICO.

Presidente de la Comisión Organizadora de la Santa Romería, quien se dignará hacer una reseña del viaje que acaba de efectuarse á la capital del Orbe Católico.

"Asistirán á la solemnidad el Ilustrísimo Señor Arzobispo de México y el dignísimo Prelado de la diócesis de Chilapa.

"Encarecemos á nuestros lectores se dignen asistir á la indicada fiesta religiosa, que es el último acto que debe ejecutar la Peregrinación Mexicana antes de disolverse."

"La Voz de México" describió el acto religioso que tuvo lugar en el templo de Santo Domingo, en el número correspondiente al 12 de Julio. Le daremos la preferencia á la descripción que nosotros habíamos escrito; recomendando al lector rectifique alguna inexactitud en que incurrió el cronista poniendo en boca del Sr. Ibarra la relación del suceso de los Sres. Garrido y Viveros de una manera distinta de como pasaron las cosas. Ya sabe el lector que no fué el *intérprete de los peregrinos* el que les puso asechanzas, sino *un intérprete que habían ajustado dos peregrinos*. Dice así el expresado periódico:

"LA SOLEMNE FUNCIÓN EN ACCION DE GRACIAS.—Esa solemnidad por el feliz éxito de la Peregrinación Mexicana á Roma, por motivos que no es del caso referir, se verificó ayer, y no hoy como habíamos anunciado. Estaba espléndido el templo de Santo Domingo, decorado con sus conocidos cortinajes de terciopelo rojo, y radiante de antorchas encendidas en blandones, arañas y candelabros. Fué expuesto el Santísimo, y á los lados izquierdo y derecho del altar mayor, bajo ricos doseles también de terciopelo, se colocaron las sagradas imágenes de la Inmaculada del Tepeyac y del Patriarca Señor San José.

"Asistieron los Ilmos. Sres. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, y Obispo de Chilapa, Fray Buenaventura Portillo, la Comisión organizadora de la Peregrinación, todos los peregrinos llegados la noche del lunes, la Comunidad de Dominicos, algunas Asociaciones con sus estandartes, y un inmenso número de personas de esta ciudad, que sin previa invitación particular quisieron unirse á los viajeros en aquel solemne acto de acción de gracias, así como en espíritu se les unieron en la expedición proyectada y llevada á cabo á la Ciudad Eterna.

«Ofició el Reverendo Padre fernandino Fr. Isidoro Camacho, acompañado de los religiosos Sres. Uriarte y Aguilera. El Vicario Capitular de la Diócesis de Puebla, señor Ibarra, ocupó la sagrada cátedra y pronunció, poseído del asunto, un sermón tierno y conmovedor, tomando por texto el versículo 2º capítulo XII del Libro de Tobías, que no podía ser más propio de la solemnidad. Hizo un relato sencillo y elocuente de los acontecimientos más importantes del viaje congratulatorio, que al mismo tiempo lo fué de los grandes beneficios recibidos del cielo en todas partes por la intercesión de la Virgen Guadalupana, bajo cuyos particulares auspicios se acometió la cristiana empresa.

«Nos habló de las tempestades con que el Océano, movido por la mano de DIOS, tuvo á bien conturbarlos para probarlos; de los peligros enormes á que se vieron expuestos, sobre todo, cuando á su regreso, y debido á las espesas nieblas que se levantan al acercarse á Nueva York, el "Bolivia" y otro buque francés, cuyo nombre no recordamos, estuvieron á punto de estrellarse el uno contra el otro; de las indecibles molestias del mareo pasadas con resignación y gran contentamiento de los ya creídos naufragos; del arribo feliz á las costas napolitanas y de la entusiasta salutación á la Corte ayer de los Césares y hoy de los Pontífices, á pesar del cetro de hierro de la Casa de Saboya. Refirió dos sucesos que consideramos á la altura de verdaderos prodigios. El intérprete que eligieron los peregrinos, que sin duda sería algún carbonario, y á quien se había cobrado gran confianza, trató de envenenar á varios individuos de la peregrinación, para apoderarse de sus dineros. Por providencia divina, movida á instancias de la Guadalupana, el criminal dejó caer una carta que escribía á su cómplice, instruyéndole de sus maquinaciones y citándolo á determinado lugar, carta que vino á parar en las manos de la policía de Roma. Esto sólo bastó para que, esclarecida la trama, el crimen se frustrase y sus autores recibieran el castigo que merecían.

«Otro de los peregrinos, no queriendo despedirse de la gran ciudad que da testimonio de tantos martirios heroicos padecidos por la fe, se resolvió á bajar á las catacumbas. Allí fué atacado de una perniciosa verdaderamente mortal, la que, á la sola invocación de Nuestra Augusta Patrona, cedió instantáneamente, tornando en elementos de salud sus venenosas influencias. Nos habló con unción de los pormenores de la audiencia pontificia, de la paternal distinción con que el Papa recibiera á los mexicanos que iban á congratularse con él, y de los deseos ardientes que abrigaba el Jerarca de la Iglesia católica, y que expresó en su magnífica alocución, de que los de esta tierra nos le uniésemos individual y socialmente con lazos más íntimos y más estrechos. Para conseguirlo, propuso un medio

seguro que redujo á programa. El medio era el de la oración, que abre las puertas del cielo, oración puesta en todas las bocas y todos los corazones de todos los mexicanos que quieran la felicidad de su patria, y que se encamine á impetrar de quien todo lo puede esa unión que su Vicario en la tierra juzga tan indispensable para nuestro bienestar político y religioso. Cordialmente felicitamos al Sr. Ibarra por la elección de tema tan hermoso y trascendente.

«La orquesta y el coro fueron magníficos. Se eligió para estas circunstancias la misa grande de Rossi, que tuvo un perfecto desempeño, no dejando nada que desear los artistas que en su ejecución tomaron parte. Terminemos aquí, porque nuestro deseo es no aplazar esta noticia para otro día, y ya el tiempo nos falta, para extendernos más. Terminemos por tributar á DIOS las más rendidas alabanzas, porque se ha dignado permitir que un grupo de mexicanos con quienes iban los corazones de todos los que llevamos ese nombre, lograrse ir á hacer á las plantas de su representante en la tierra la más solemne protesta de su fe y de su catolicismo de que aquella es alma.»

Con la función religiosa cuya descripción antecede, quedaba llenado en todas sus partes el programa de la Romería. Los peregrinos habían ido llegando sin novedad á los lugares de su residencia, y el grueso de la expedición se dispersaba al salir de Santo Domingo, dándose tierna despedida mutuamente y felicitándose por haber visto realizada hasta su fin la grande obra de piedad que habían emprendido juntos.